

Las cuatro dificultades

Así que, tras presentar mis disculpas y afirmar mi creencia, de ahora en adelante voy a dirigirme solamente a quienes tienen la esperanza de escribir.

Existe una especie de magia del escritor. Existe un procedimiento que muchos escritores han descubierto por una feliz coincidencia, o que han ido desarrollando poco a poco. Este procedimiento puede, en parte, enseñarse. Para estar preparado para aprenderlo hace falta acercarse a él dando un rodeo, considerando primero las principales dificultades con las que uno se va a encontrar, para luego embarcarse en una serie de ejercicios que, aunque sencillos, hay que seguir de forma estricta, a través de los cuales se pueden superar esas dificultades. Por último, hay que tener la fe, o la curiosidad, de aceptar un consejo raro, diferente a cualquiera de las exhortaciones con las que uno puede haberse encontrado en las aulas o en los libros de texto.

En otro sentido, además de admitir que en la escritura existe un conocimiento para iniciados, yo voy a apartar-

me del procedimiento habitual de quienes ofrecen manuales a los jóvenes autores. Puede abrirse un libro detrás de otro dedicados a los problemas del escritor: en nueve de cada diez casos se encontrarán, bien al principio de cada volumen, unos párrafos muy deprimentes advirtiendo de que el lector tal vez ni siquiera sea escritor, que probablemente le falte gusto, juicio, imaginación, y cualquier rastro de esas habilidades especiales que le transformarán de aspirante en artista, o incluso en pasable artesano. Probablemente tenga que escuchar que su deseo de escribir puede ser solo una señal de exhibicionismo infantil, o la advertencia de que solo porque sus amigos le consideren un gran escritor (¡como si eso fuera verdad!), el mundo no tiene por qué compartir esa generosa opinión. Y tal y cual, de la forma más cansina. Las razones de este pesimismo sobre los escritores jóvenes se me ocultan. Los libros que se escriben para pintores no insinúan que el lector no conseguirá nunca pasar de ser un engreído empuñador de brocha gorda; los manuales de ingeniería no comienzan advirtiendo al estudiante de que haber sido capaz de construir un saltamontes con dos gomas y una cerilla no significa que deba creerse que podría llegar a convertirse en la honra de la profesión que ha escogido.

Puede que sea verdad que el autoengaño adopta a menudo la forma de creencia en que uno es capaz de escribir; esto no puedo negarlo de forma concluyente. Mi propia experiencia me indica que no hay otro campo en donde quien se plantee con seriedad aprender a hacer un buen trabajo pueda avanzar tanto en tan poco tiempo. Así que voy a escribir este libro para quienes van completamente en serio, confiando en su buen sentido y en su inteligencia

para asegurarse de que aprenden los elementos de la frase y de la estructura del párrafo; en que ya entienden que al haber escogido escribir han asumido para con sus lectores la obligación de escribir lo mejor que puedan; en que han aprovechado (y siguen aprovechando) cada oportunidad que encuentran para estudiar a los grandes prosistas; y en que han establecido un patrón personal exigente, y que trabajarán sin descanso para alcanzarlo.

Tal vez solo pueda atribuirse a mi buena fortuna que haya conocido más escritores de quienes pueden predicarse todas esas cualidades que escritoruelos ilusos e imbéciles. Pero también es trágico haber conocido a cierta cantidad de hombres y mujeres jóvenes y sensibles que casi habían llegado a convencerse de que estaban completamente incapacitados para escribir por haber tropezado con alguno de los obstáculos a la escritura que pasaremos a analizar en breve. A veces el deseo de escribir superaba la humillación por la que habían tenido que pasar; pero en otras ocasiones se atascaban en unas vidas sin válvulas de escape creativas, infelices, frustradas y llenas de desasosiego. Espero que este libro consiga persuadir a quienes están al borde de abandonar la escritura para que tomen otra decisión.

En mi experiencia, las dificultades que aparecen una y otra vez son cuatro. Recibo consultas sobre ellas con mucha más frecuencia de lo que recibo peticiones de ayuda con la estructura de un relato o la delineación de un personaje. Sospecho que cualquier profesor tendrá las mismas quejas, pero que, como no suelen ser autores en ejercicio, las desechan por no formar parte de su campo, o por ver en ellas pruebas de que el estudiante con problemas

no tiene verdadera vocación. Sin embargo, son los propios estudiantes cuyo talento es más evidente quienes sufren por estas dificultades, y cuanta más sensibilidad tengan, más alto parece ser el riesgo de sufrirlas. Ese periodista o gacetillero en ciernes no suele pedir ayuda de ningún tipo; anda persiguiendo a agentes o a editores mientras que su compañero de armas más serio padece los tormentos de los condenados por sus insuficiencias. Pero la instrucción literaria se dirige comúnmente al mercader de ficciones más inconsciente, mientras que se desprecian o se pasan por alto los problemas del artista de verdad.

La dificultad de ponerse a escribir

Antes de nada está la dificultad de *ponerse* a escribir. Ese flujo pleno y abundante que tiene que ponerse en marcha, si es que vamos a oír hablar al escritor, simplemente se niega a brotar. La estúpida conclusión de que si no tiene facilidad para la escritura es que se ha equivocado de vocación es una tontería. Hay docenas de razones que explican esa dificultad, y hay que sondearlas antes de que el profesor tenga derecho a decir que no ve rayos de esperanza en su pupilo.

Puede que la raíz del problema sea la juventud y la humildad. A veces es la vergüenza la que detiene el flujo. Con frecuencia hay malentendidos sobre la escritura, o el tapón se forma a partir de un exceso de escrúpulos: el principiante tal vez esté esperando que ese fuego divino del que ha oído hablar empiece a brillar incuestionablemente, y a lo mejor cree que solo una chispa fortuita y